

---

# **Suicidio de Amor**

**Horacio Quiroga**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 8721**

---

**Título:** Suicidio de Amor

**Autor:** Horacio Quiroga

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 25 de enero de 2026

**Fecha de modificación:** 25 de enero de 2026

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Suicidio de Amor

¿Los hombres de ahora? ¡Bah! ¡Son incapaces del menor amor, del más pequeño amor! ¿Se ríe?... Y no vayamos muy lejos, señor Oyuela... ¿Cuántos meses me ha pretendido usted?

Pretendido... señorita...

Pongamos gustado... es lo mismo. Tal vez dos meses... uno por lo menos. ¿Y por qué no me «pretendió» realmente, como usted dice?

Porque usted no tiene fortuna.

¡Exactamente, señor Oyuela! ¡Y todavía se atreve usted a defender a sus contemporáneos!

Primero de todo, señorita, yo no he ofendido a los hombres de ahora, ni a los de nunca. Segundo, yo no la pretendí a usted porque usted no tiene fortuna y porque tampoco la tengo yo. Y siendo, como soy, un ser completamente inútil, de más está probarle la insigne locura que hubiera cometido.

¡Pero justamente, Oyuela! En esa locura habría consistido su amor... si me lo hubiese tenido. Un amor que no se lanza, que no da la energía suficiente para luchar en todo y contra todo, tornando facilísimo lo que parece insalvable a un hombre no enamorado, no, ¡eso no es amor, ni lo ha sido jamás, señor!

Acaso, señorita Leonor... Acaso no pueda yo discutir con sus dos años de Filosofía y Letras... ¿Creo que fueron dos años los que usted cursó?...

Uno solamente, señor Completamente Inútil... ¿Y no fue esto un poquito de motivo para que usted no me...

No creo. ¡Si usted hubiera tenido fortuna!... Pero, en fin, usted insiste en que esas locuras de vida pruebas amor, ¿no es eso?

¡Inmensamente, sí!

Pues yo conozco un caso en que no hay nada de eso, y prueba seguramente mucho más amor... pero temo contarle.

¿Quién? ¿Usted?... ¿Y usted teme contarme algo, después de todas las tonterías que ha dicho cuando... usted creía que yo tenía fortuna?

No, ésta es zoncera de un orden que usted tal vez con comprendería.

¡A ver, a ver, señor Oyuela! Ema, acércate más, Oyuela nos va a contar una historia de un género de amor que no somos capaces de comprender.

No he dicho so, sino que posiblemente usted no apreciaría esa clase de tontería. Ahí va la prueba: supóngase que la historia pasa ahora, o acaso en el siglo XVI, época más adecuada. Supóngase también un hombre joven, feliz y enamorado de una castísima doncella en la que ha puesto toda su fe, esperanza y caridad. Pues bien, una noche de orgía entre el amante en cuestión y tres amigos, el Amor, tal como hace un momento aquí, salió a luz. Como los tres amigos no creían en él, se burlaron grandemente del candor de nuestro conocido, pues creía en la mujer. Éste no despegaba los labios; hasta que al fin propuso la apuesta más extraordinaria que se le puede ocurrir a un enamorado.

¿Qué, qué, Oyuela?

Esto: someter a su novia, durante cuatro días y cuatro noches consecutivas, a las demostraciones de amor de cualquiera de sus amigos.

¡Oyuela!

No, permítame que concluya. En la pieza, y durante esos cuatro días, habría una mesa con agua y pan. Solamente que el amigo estaría entre eso y la novia. Cuatro días muriéndose de sed y hambre, y con las manos puras del más leve beso otorgado; ¿comprenden?

Sí, sí... ¿Pero el amigo?

¿Él? Él tenía libertad completa de besarla y abrazarla. Eso es todo.

¡Oh! ¿y después?

No hay nada más. El amante ganó la apuesta. Halló a su novia casi en agonía, y sin fuerzas para besarla a «él», esta vez. Supóngase ahora el delirio de felicidad, el orgullo de un hombre amado de ese modo.

¿Y usted cree que nosotras no somos capaces de apreciar eso, Oyuela?

Sí. Pero después de ese triunfo de dicha, el amante se pegó un tiro.

¡Ah!...

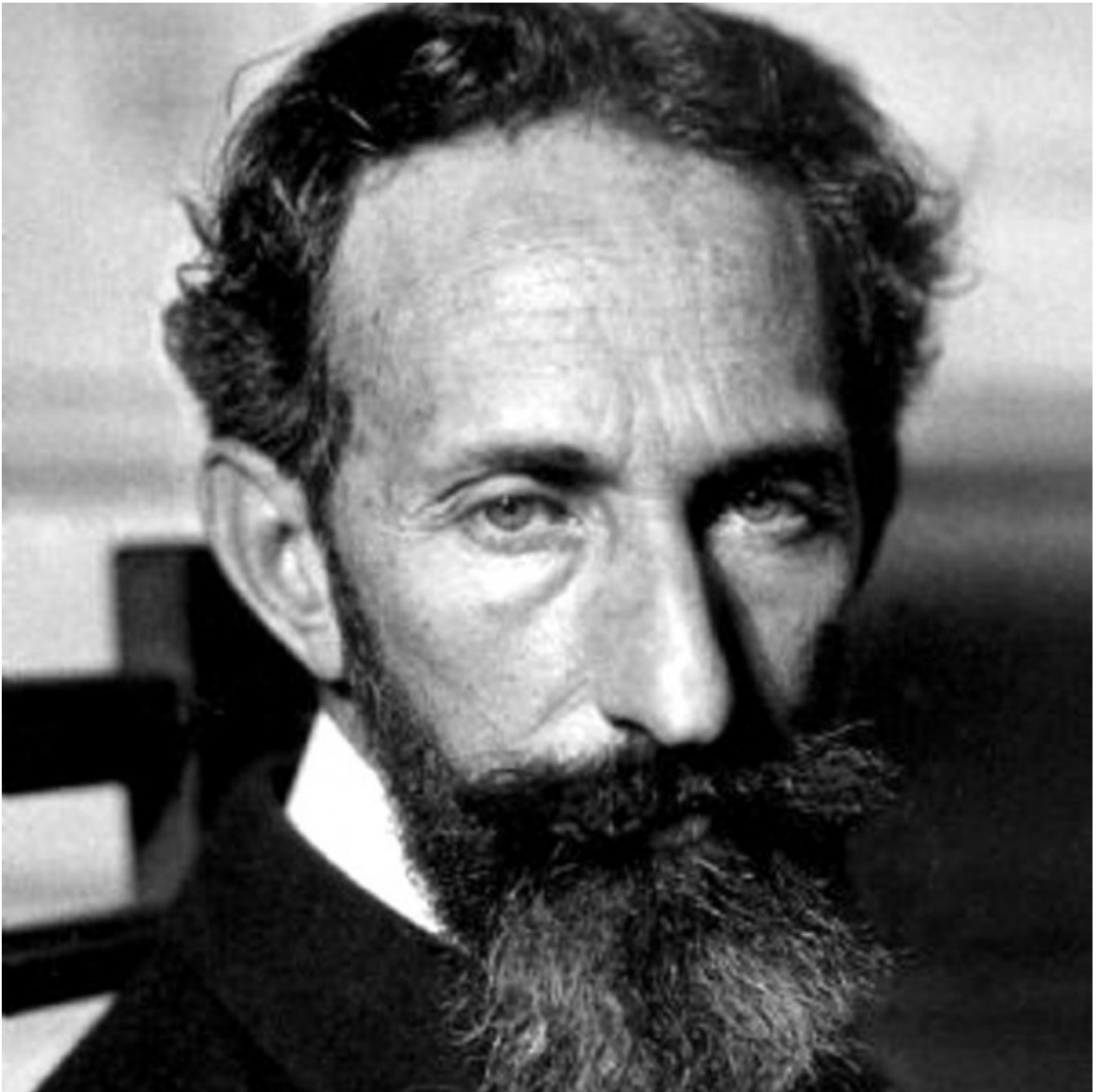
¿Y por qué?

Porque el amor honradez, lealtad, fe crece cien codos; pero no se sobrevive a esas pruebas.

¿Y qué mayor confianza en su novia podía desear ese hombre? Ella había surgido de ese infierno sin la más leve mancha.

No; la mancha estaba en el amor mismo, en cuanto tiene de más delicado una adoración. Por eso tuve el honor de decirles que acaso no comprenderían ciertas tonterías del amor en nosotros, señorita Leonor.

## Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)